

¿Bondadosos e inteligentes?

MIGUEL ESCUDERO *

Hace justo un siglo Unamuno advertía del peligro de una religión del patriotismo con los militares como sus sacerdotes. Para él, había que reaccionar contra la falsa idea de que “los militares son más patriotas que los demás hombres igual que los sacerdotes más religiosos que los demás”. Pasados los años esta ‘falsa idea’ parece importar muy poco en nuestro entorno: no sabemos lo que significa ser patriota o ser religioso, o no se le reconoce valor. Sin embargo, en nuestras comunidades se siente un raro malestar a propósito de lo que se denomina ‘identidad’. Basta leer los periódicos con sus regulares informaciones dando los porcentajes de cuántos se consideran, por ejemplo: sólo españoles, más españoles que catalanes, tan españoles como catalanes, más catalanes que españoles, o sólo catalanes. Cuando la ideología imperante en la clase política es nacionalista —esto es, parte de unos dogmas nacionalistas—, se acaba haciendo un artificio de lo que es natural, se puja por si se es o no se es ‘auténticamente’ de aquí, y se desacredita a los desafectos como traidores. Todo ello, además de aburrido

y tonto, es una impostura que enturbia nuestro vivir. Para rematar la faena, otros grillos enjaulados se hacen oír. Así, desde otras orillas los amantes de la jarana, poco dados a la reflexión y la ecuanimidad, envuelven con recelo, fobia y descalificación todo lo que proceda del resto, de ‘los otros’. De nuevo, comportamientos provincianos.

El increíble don Miguel de Unamuno —cada vez me lo parece más a medida que pasa el tiempo— no concebía que el patriotismo llegue a tener raíces hondas y sanas si se prohíbe discutir la Patria misma: “No hay torpeza mayor que la de pretender arrancar protestas de españolismo de todos aquellos que no las hacen espontáneamente. Si hay españoles que no se sienten tales, lo que procede es estudiar serena y tranquilamente cuáles sean las causas de no sentirse españoles esos sujetos, y ante todo y sobre todo, qué es eso de ser español y qué deba entenderse por tal”. ¿Pero estamos por esa labor?

Ciertamente las patrias son casas de civilización, son medios y no fines. Son abundantes los tópicos acerca de ellas y sus inquilinos. Hay que repensarlos para no repetir sandeces y librarnos, como

* Profesor titular de Matemática Aplicada de la Universidad Politécnica de Barcelona.

personas, de su posible maleficio.

Hace veinte años Julián Marías escribía que “ser español quiere decir intentar serlo de una manera nueva, llevando a su plenitud las posibilidades acumuladas en largos siglos de ensayos”. Esto supone que no hay un solo molde, que hay diferentes tonalidades de ser español, algo que niega la ‘pureza’ y la homogeneidad. También requiere que haya voluntad de cotejar y gustar su depósito cultural, y aprovecharlo con simpatía y siempre abiertos a cualquier otra realidad personal. No somos sólo ‘una cosa’. Poco antes de esas líneas, el ‘filósofo alción’ había escrito y publicado *España inteligible* (Razón histórica de las Españas). Un libro, diría en otro lugar, que le había permitido sentirse español “de una manera más lúcida y... más esperanzada” y que había escrito desde “una larga intimidad con España y su historia”.

Quizá de eso estemos necesitados, de intimidad. La razón histórica no es otra cosa que la historia misma en su función de comprender y dar razón de la realidad. Hay que narrar y evitar que hechos parciales funcionen “como explicación automática de todo” (así suele ocurrir y así de retrasados andamos aún en el siglo XXI). La vida no se reduce a hechos, estos coexisten con las posibilidades. Hay que ver lo que se hizo en función de lo que se pudo hacer, qué errores se pudieron evitar y qué azares pudieron no ocurrir.

Tras ese ensayo de filosofía aplicada, Marías creía “haber destruido el mito de la España anormal, irracional, conflictiva, en suma, incomprensible. Basta con mirar las cosas sin omisiones y sin proyectar sobre ellas esquemas ajenos para que se los pueda entender”. Basta con ajustarse bien en cada caso que se analice las lentes que se usa. Procurarse con paciencia y buena voluntad una visión abierta y no cerrada. Este es el requisito.

Años después, en *Razón de la filosofía*, Julián Marías postularía repensar

filosóficamente las creencias. Al tratar de determinar la importancia de éstas en nuestra vida, importa más su grado de autenticidad que su verdad objetiva: “Diríamos que la cuestión de su ajuste a la realidad sin más deja en pie su realidad como ingrediente de nuestra vida”. ¿Qué cosas de las que decimos vienen rigurosamente de nuestra visión? Y llamando la atención sobre lo que queda fuera, reclamará un rigor adecuado: “Se ha señalado muchas veces que, frente al éxito de las ciencias de la naturaleza, cuyo resultado más visible es el esplendor de la técnica, las disciplinas de lo humano muestran una incertidumbre y desorientación que roza con el fracaso. ¿Cuál es la reacción dominante a esa situación? Por extraño que parezca, desdeñar los saberes que se vuelven sobre lo propiamente humano y considerarlos de segundo orden, en lugar de pensar que sus métodos y planteamientos son deficientes y que su más grave error ha sido el mimetismo frente a las otras ciencias. En lugar de la preterición y el abandono, parecería más inteligente su depuración y la exigencia de un rigor adecuado a sus problemas”. En suma, cada asunto, cada realidad reclama una aproximación adecuada, un camino particular de comprensión y de afán de verdad. La renuncia a ello, expresa o adormecida, no puede por menos que sumirnos en los prejuicios y provocar errores intelectuales y secuelas deplorables.

El maestro Ramón Menéndez Pidal escribió hace unos sesenta años un excelente ensayo como introducción a la magna *Historia de España* que lleva su nombre. Los españoles en la Historia es su título. No obstante su enorme valor, encuentro frases que me asombran y que no puedo compartir sin matización. Veamos algunas:

“Para mí, la sobriedad es la cualidad básica del carácter español”. ¿Si eso fue cierto algún día, sigue siéndolo hoy? ¿Predomina esta característica en nuestro país?

“Es muy natural también en el español el no anteponer el cálculo de pérdidas o ganancias a consideraciones de otro orden”. “Siempre fue gran cualidad, a la vez que gran defecto del español, el atender a los móviles ideales más que a los provechos económicos”. Por desgracia, mis compatriotas no siempre son ‘naturales’ ni desinteresados.

“El ‘no importa’ imperturbable y contento, unido a la sobriedad, suscita desde muy antiguo en los españoles la convicción de que ellos son más fuertes sufridores de trabajos que los demás pueblos, y que eso les permite un despliegue de acción vedado a otros”. Mi madre era así, pero no se sentía superior como integrante de nuestro pueblo o no lo transmitía a sus hijos.

Pero el extraordinario Menéndez Pidal se desmarcaba al fin de la tentación nacionalista y no escatimaba sinceros y amargos reproches a los defectos propios de la sociedad española:

“No quiere estimar la obra ajena; le parece que cualquier contribución al crédito de otro es merma del propio. Los maestros no forman escuela; sus doctrinas no alcanzan la perfección debida y no preparan mayor realce a los maestros posteriores. Por esto España es tierra de precursores, que se anticipan para luego quedar olvidados cuando su innovación surge después en otro país más robustamente preparada, mejor recibida y continuada”. Puede que algo haya de ello todavía. La falta de generosidad e inteligencia: Hacerse el ajeno, sentir dolor por el bien de los otros, incapacidad por hacérselo propio (en cambio, en el deporte hay una mayoritaria tendencia a sentirse ganador siendo sólo espectador). Y, sin embargo, nuestra expansión como personas necesita hacerse con un yo cada vez más amplio. Rebelémonos contra esa forma corta de ser, no seamos tierra de precursores abandonados. Don Ramón, por cierto, hablaba a ese respecto de ‘frutos precoces’, un concepto con jugo que agradaba mucho a nuestro don Julián.

“El español, por su habitual descuido de la última perfección, propende a no cultivar ninguna preocupación de rigorismo ético; descansa en su templanza innata, en su sencillez de costumbres, y no escrupuliza en trasgresión moral de más o menos”. No siempre es así, aunque eso abunda. Huyamos de ello como las buenas personas que conviene ser.

“El español propende a no sentir la solidaridad social sino tan sólo en cuanto a las ventajas inmediatas, desatendiendo las indirectas, mediatas o lejanas”. Seamos inteligentes.

El venerable historiador gallego mencionaba con gran conocimiento de causa también: “La insólita vehemencia con que la diversidad de ideología política separa a unos españoles de otros, quebrantando la unidad moral de la colectividad”. ¡Qué difícil es romper ese vicio tan fomentado!

“Cada uno propende a mirar la opinión por él adoptada como la única aceptable, las que de ella se apartan, si es en cosa accesoría, se las desprecia sin la menor curiosidad benévola, y si discrepan en algo capital, se las condena como intolerables, sin considerar ni en uno ni en otro caso la parte de acierto y de mejora que existe en toda disconformidad, por descarriada que sea; no se concibe la convivencia fecunda de principios discrepantes que mutuamente se respetan como partícipes en poco o en mucho de posible acierto, de ahí que la oposición de criterios degenera en duelo irreconciliable”. ¡Ay, Dios mío, empiezo a reconocerme! Sólo hace falta ver unas horas de televisión.

Ante todo ello, conviene retomar la divisa de la gran reina Isabel la Católica (descabalgemos de prejuicios), uno de cuyos lemas era: “Emprender una sabia integración de todas las fuerzas posibles”.

Por si alguien pudiera albergar dudas, Menéndez Pidal reclamaba como

bálsamo de los males hispanos el fomento de una comprensiva ecuanimidad, y afirmaba que: “La libre censura para los defectos de la patria, la insatisfacción que nos parece novedad peculiar de los siglos XVIII y XIX, existía en el XVI y XVII, y no es de desear que nunca desaparezca en cierta medida, pues es valiosa contraposición al aislamiento”.

Si volvemos a la España inteligible de Julián Marías, nos encontraremos con la reivindicación del legado occidental, que podría resumirse como: “La razón teórica de origen helénico, el sentido de la autoridad y el mando según derecho, nacido en Roma, la visión judeo-cristiana de un Dios personal, padre de los hombres y con quien cabe una relación personal y filial”. En la época romana, no había propiamente españoles, sino hispanos: una variedad de los romanos, gracias a los cuales los hispanos estuvieron “juntos y en el mundo”. De la lengua latina, Marías ensalza su “extraña perfección, pulimentada por larga tradición literaria, oratoria y jurídica; de maravillosa expresividad, concisión, capacidad de acuñar fórmulas que rodarán durante siglos, de clara fonética fácilmente inteligible y comunicable”.

Tras la invasión musulmana de 711, se formaron reinos medievales que pretendían remediar la ruina de la unidad visigótica. Aquel fenomenal resquebrajamiento social de la antigua Hispania no condujo a la resignación, se emprendió un proyecto extremadamente improbable de recuperar la España perdida, se tiene conciencia del deber evitar dos Españas. Piénsese que “ni siquiera una ciudad de alguna importancia queda libre de la dominación musulmana”.

El cronista catalán Ramon Muntaner, capitán de almogáveres, llama “una carne y una sangre” a los monarcas de los cinco reinos de la España cristiana: Aragón, Castilla, León, Navarra y Portugal (único, por cierto, sin bilingüismo, homogéneo). Aquellos reinos se mezclan o interpenetran de tal forma, recuerda Marías, que cualquier intento de

separación tajante es una falsificación. El dicho ‘Ancha es Castilla’ revela un proyecto que se va desplazando, una actitud que la llevó a ser el reino más activo. Con los Reyes Católicos aparece el concepto de nación en sentido moderno: un solo ejército, real y voluntario. La Corona, el Estado, prevalecerá sobre los señores feudales. Marías analizará los errores de España: No se puede exigir lo que no se puede pedir. Así, que España fuese un país cristiano no podía implicar, en virtud de la coherencia religiosa, que los españoles tuvieran que serlo. Ni que se distinguiera entre cristianos viejos y nuevos. ¿Pero qué país no ha cometido disparates? Ciertamente España ha sido objeto de condena y descalificación, arrojada al infierno laico, un país sin remedio ni futuro. La Leyenda negra forjaría y organizaría el vehículo prefabricado para dar cauce y cumplimiento al rencor hacia España. A muchos de mi generación sólo les faltó la dictadura de Franco, autoproclamado portavoz perpetuo de la nueva España, para sentirse hostiles a España real. ¡Pobre patria enajenada, pobres de nosotros enajenados por esa suplantación mezquina e intolerable! ¿Cómo podríamos nosotros decir adiós a la gran España velazqueña y cervantina, liberal y complacida con las virtudes de quien sea? Quien haya pasado horas respirando y gozando la manera de ver las cosas y las personas de Cervantes, toda una prefilosofía, sabe lo que quiero decir, todo su valor.

Por lo que respecta a la América hispana, deseo citar aquí dos párrafos. El primero es de Humboldt, el geógrafo y naturalista alemán que la visitó al acabar el siglo XIX: “Estos indios, embrutecidos por el despotismo de los antiguos soberanos aztecas y por las vejaciones de los primeros conquistadores, aunque protegidos por las leyes españolas, en general sabias y humanas, gozan, sin embargo, muy poco de esta protección a causa de la grande distancia de la autoridad suprema”. Sí, el cínico principio de que la ley se acata pero no se cumple; la diferencia entre poder y potencia. Y el segundo es de Julián Marías: “En

algunos casos es la actitud abierta y renovadora de las Cortes de Cádiz la que alarma e incita a los independentistas; se prefiere gobernar aisladamente sin reformas sociales, mejor que participar en una Monarquía constitucional impregnada de liberalismo y abierta a las ideas de emancipación y reconocimiento de derechos políticos a indios, negros y mestizos". Yo creo que todo esto se desconoce en gran medida, es una pena que la ignorancia se traslade a un estado de error.

Y ahora, desde el proyecto de hacernos bondadosos e inteligentes, volvamos a Salamanca. Hace setenta años, Miguel de Unamuno intervenía en el paraninfo de la universidad en la apertura de curso. Había sido cesado como rector por el gobierno de la República, repuesto por los golpistas y al poco, tras aquella sesión, cesado de nuevo y arrestado. Sigo aquí la versión de Luis Portillo, un testigo, reproducida por Carlos Rojas en Por qué perdimos la guerra:

"Dije que no quería hablar porque me conozco. Pero se me ha tirado de la lengua y debo hacerlo. Se habló aquí de guerra internacional en defensa de la civilización cristiana; yo mismo lo hice otras veces. Pero ésta es sólo una guerra incivil. Nací arrullado por una guerra civil y sé lo que digo. Vencer no es convencer, y hay que convencer, sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar a la compasión; el odio a la inteligencia que es crítica y diferenciadora, inquisitiva, mas no de inquisición.

"Se ha hablado de catalanes y vascos, llamándolos la anti-España; pues bien, con la misma razón ellos pueden decir otro tanto. Aquí está el señor obispo, catalán, para enseñaros la doctrina cristiana que no queréis conocer, y yo, que soy vasco, llevo toda la vida enseñando la lengua española, que no sabéis. Éste sí es un imperio, el de la lengua española...". Entonces se irguió Millán Astray, vociferó contra los 'malos' españoles: "¡Cataluña y el País Vasco, el

País Vasco y Cataluña, son dos cánceres en el cuerpo de la nación! El fascismo viene a exterminarlos, cortando en la carne viva y sana como un bisturí. La carne sana es la tierra; la enferma su gente". Sonaron vítores a España y a Franco. Unamuno volvió a tomar la palabra en medio del estruendo. Entre otras cosas dirá:

"Me duele pensar que el general Millán Astray pueda dictar normas de psicología a las masas. Un inválido que carece de la grandeza espiritual de Cervantes, que era un hombre y no un superhombre, viril y completo a pesar de sus mutilaciones, un inválido, como dije, falto de esa superioridad del espíritu, suele sentirse aliviado viendo cómo aumentan los mutilados alrededor de él.

"Aunque sea impopular, el general Millán Astray no es un espíritu selecto y quizá no lo sea por ser impopular. El general Millán Astray quisiera crear una España nueva, a su propia imagen. Y por eso desearía ver a España mutilada, como inconscientemente lo ha dado a entender...". En aquel instante, a grito herido y fuera de sí el general vociferó: "¡Muera la inteligencia!" En aquel tumulto de fiebre y lanza, Unamuno (¿funcionaban los micrófonos?) se impuso otra vez con indecible valentía:

"¡Éste es el templo de la inteligencia! ¡Y yo soy su supremo sacerdote! Vosotros estáis profanando un recinto sagrado. Diga lo que diga el proverbio, yo siempre he sido un profeta en mi país. Venceréis pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta, pero no convenceréis porque convencer significa persuadir. Y para persuadir necesitáis la razón y el derecho, que os faltan en la lucha... Me parece inútil pedirlos que penséis en España. He dicho."